

El legado de Adolfina Cossío Esturo a la pedagogía cubana

The legacy of Adolfina Cossío Esturo to the Cuban pedagogy

*Dr.C. Giselle María Méndez-Hernández, iescalona@uo.edu.cu;
Dr.C. Vivian María Hernández-Louhau*

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

Resumen

El aporte de la investigación está direccionado a la sistematización del quehacer pedagógico de Adolfina Cossío Esturo, a partir del reconocimiento a su trayectoria en instituciones educativas de la Región Oriental de Cuba. Se contribuye así al perfeccionamiento educacional, en tanto el rescate de su obra puede favorecer la consolidación de los valores ético-pedagógicos del maestro, así como sus modos de actuación profesional, lo que al mismo tiempo tributa a la formación integral del estudiante universitario. Por otro lado, el estudio de esta figura abre un nuevo espacio al rescate de las raíces de la pedagogía cubana, particularmente en la dimensión de lo regional.

Palabras clave: Adolfina Cossío Esturo, pedagogía cubana, formación integral del estudiante universitario.

Abstract

The contribution of the investigation is guided to the systematization of the pedagogic conception of Adolfina Cossío Esturo, from the appreciation of her career in educative institutions of the oriental zone. Like this, helps the educational improvement, while the rescue of her work can promote the consolidation of the ethic-pedagogic values of the teacher, as well as his professional action ways, this way tribute to the integral formation of the university student. On the other side, the study of Adolfina open a new space dedicated to the rescue of the Cuban pedagogic bases, particularly in the dimension of the regional.

Key words: Adolfina Cossío Esturo, Cuban pedagogy, integral formation of the university student.

Introducción

El estudio de la obra pedagógica de maestros relevantes se constituye desde esta perspectiva, en rama de la indagación científica que tributa no solo al asentamiento en la memoria colectiva, del ideario pedagógico cubano, sino también a la solución de problemas manifiestos en la práctica educativa contemporánea. Adolfinia Cossío Esturo es una de esas personalidades cuya labor fue de gran impacto en el desarrollo educacional y sociocultural de la Región Oriental Cubana, debido a la solidez de sus ideas pedagógicas; de ahí que el presente artículo dirija su objetivo a justipreciar la obra de una figura cuya entrega a la educación básica, media y media superior, así como a la formación de jóvenes universitarios, contribuye a enaltecer el rol del maestro en la sociedad cubana contemporánea.

La Cossío es parte de la vanguardia intelectual de la segunda mitad del siglo XX, que desde su quehacer profesional en la Universidad de Oriente, tributó al desarrollo cultural de la nación. Los orígenes de su actividad pedagógica se remontan sin embargo, a su labor como maestra en la Escuela Rural de Grado Múltiple de Gorito, perteneciente al Distrito Escolar de Niquero. La investigación que se presenta parte pues, del reconocimiento a su trayectoria pedagógica desde que comenzó a ejercer el magisterio en intrincadas comunidades de la Región Oriental, tras graduarse en la Escuela Normal para Maestros de Santiago de Cuba, en 1928.

Para la consecución del objetivo propuesto será de utilidad el empleo de la sistematización, como método que encamina la investigación hacia el desarrollo de un pensamiento reflexivo sobre ideas, conocimientos y/o experiencias profesionales, para revelar su utilidad en la práctica educativa. Asimismo, el método historia oral será de utilidad teniendo en cuenta la posibilidad de acceder a protagonistas de los hechos que se referencian, así como al testimonio de personas que establecieron con la pedagoga de referencia nexos personales o profesionales.

Desarrollo

La Universidad de Oriente tiene, como las casas viejas, su eco en los pasillos, sus aparecidos, sus pasos que regresan aun cuando el tiempo parece que no mira atrás. Tras el chirrido de una puerta es posible, si no se teme a los misterios de la remembranza, escuchar el *tac tac* de las palmadas con que Adolfinia palmoteaba los versos de Guillén.

Los pupitres marcados, la media luz de un ventanal, eran el escenario de sus amaneceres junto a un hombre con quien decía traicionar a su esposo. Sus estudiantes quedaban atónitos cuando en la clase hacía estas revelaciones, pero se sacudían el peso de la complicidad en cuanto ella nombraba al susodicho: Benito Pérez Galdós, el novelista español que le podía robar el sueño con una lectura interminable.

Se han agrietado las pizarras, se han desteñido y han vuelto a pintarse las paredes, se han hecho adultos los jóvenes de entonces y aún, son comidilla aquellos exámenes donde Adolfina preguntaba el color de los zapatos que usaban los actores del teatro griego. Anécdotas como éstas, hicieron de ella un mito en la Universidad; un mito que se propagaba desde que se volteaba para escribir su nombre, extenso y novelesco: Adolfina Herminia de la Caridad Cossío Esturo.

Quienes al paso de los años la evocan, aseguran que sus vidas no hubieran sido las mismas de no haberla tenido frente al aula. Los alumnos de la Facultad de Humanidades, albergaban el privilegio de tener ante sí a una maestra que era a un tiempo, magistral y jocosa, exigente y auténtica. Algunos, llevan marcado todavía el asombro de otra confesión: la Cossío tenía linaje mambí.

Sus padres fueron Elvira Esturo Izaguire y Randolpho Cossío de Céspedes, nieto de Pedro de Céspedes y sobrino-nieto de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria. El nombre le venía de su tía-abuela Adolfina de Céspedes y de su abuela Herminia, a quienes había escuchado contar desde niña, la historia de los preparativos del Alzamiento con que dieron inicio en Cuba las guerras por la independencia. Fue este lazo de consanguinidad con la familia Céspedes del Castillo, lo que motivó su primer acercamiento a la investigación histórica. "*Verdadera fecha del inicio de la Guerra de los Diez Años*" -su Tesis en Opción al Grado de Doctora en Pedagogía- pautó el inicio de una trayectoria en que se fusionaron el magisterio y el quehacer investigativo.

Resulta imposible adentrarse en la evolución del pensamiento intelectual de Adolfina Cossío, sin transitar por su labor pedagógica. Así como la lectura de sus textos permite develar pasajes inexplorados de la Historia de Cuba, el estudio de su trayectoria como maestra conduce a pautar antecedentes de la pedagogía cubana en el periodo neocolonial, y a profundizar en las reformas educativas llevadas a cabo después del Triunfo de la Revolución.

Luego de que en 1928 se graduara de Maestra Normalista en Santiago de Cuba, comenzó a trabajar en una Escuela Rural de Grado Múltiple de Gorito. En aquel sitio

perteneciente al Distrito Escolar de Niquero -casi en las faldas de la Sierra Maestra- se inició su vida profesional.

En 1930 regresó a Media Luna, el pueblo en el que desde los diez años de edad, vivía con su familia y de algún modo, bajo la tutoría de Manuel Sánchez Silveira, el padre de Celia Sánchez Manduley. La biblioteca de este hombre impresionó a Adolfina cuando siendo una niña, lo conoció. Hasta entonces, no había recibido más que la instrucción de su madre, quien la enseñó a leer y a escribir en la finquita donde antes vivían. Pero de pronto, se vio envuelta en las meditaciones de Virgilio, Marco Aurelio, Séneca, y nunca más volvería a transcurrir un día sin que tomara un libro entre las manos.

La vida le permitió devolver aquel gesto cuando entre sus alumnos tuvo a Celia. Al regresar de Gorito -con tan solo veinticuatro años de edad- a la Cossío le fue confiada la dirección de la Escuela Urbana de Media Luna, un local que contaba tan solo con tres aulas y ocho pupitres, a pesar de que los índices de analfabetismo y sub-escolarización del pueblo eran altos. En cierta ocasión en que la matrícula se elevó a ciento diez alumnos, la joven Directora implementó una alternativa sin precedentes en la región: cada estudiante debía llevar su propio asiento, no importaba si un taburete o un cajón. A esta iniciativa se le conoció como Plan Media Luna, y permitió disminuir el analfabetismo de los niños en edad escolar.

Entre los niños que atravesaban el pueblo camino a la Escuela, estaba Celia. La amistad con Manuel Sánchez Silveira hizo que Adolfina sintiera hacia ella un cariño especial, e iba cada sábado a recogerla para pasar un rato juntas; de modo que se convirtió para la niña en la “maestra Cucha”, y Celia devino al mismo tiempo su alumna más rebelde. Uno de aquellos sábados en que pasó a buscarla, la pequeña se negó a salir del cuarto. Sólo después de escuchar a la abuela, Adolfina comprendió el porqué de esa actitud: Celia había sido la responsable de una huelga, a la que acabó sumándose toda la clase.

Cucha recordaba bien aquel suceso: ninguno de sus estudiantes había respondido la tarea, y ella los reprendió diciendo que en vez de ir a la escuela a perder el tiempo, era preferible que se quedaran en casa ayudando a sus madres. Entonces, Celia fue de puerta en puerta convocando a todos a faltar. Mientras su abuela hacía la historia, la niña escuchaba llorar desconsolada a la mujer que tanto empeño había puesto en la instrucción del pueblo. Y enseguida salió, otra vez de puerta en puerta, para suspender la huelga.

A pesar del mal rato, Adolfinia vivía orgullosa de haber sido la persona con quien Celia diera muestras tempranas de su rebeldía y su capacidad para aunar a las masas. La maestra que en una humilde escuelita de Media Luna enseñara las primeras letras a quien los cubanos identificarían luego como “la Flor más Autóctona de la Revolución”, nunca pudo sobreponerse al dolor de que su alumna muriera antes que ella.

Pero en la fecha en que la Cossío ideó el Plan Media Luna, aun le quedaban muchos sábados que compartir juntas. No obstante la alternativa que había adoptado, a la joven Directora que era entonces le resultaba imposible resignarse a las condiciones en que recibían clases los niños. La Escuela era un local en ruinas y en cualquier momento, podía desmoronarse.

Esa preocupación la mantenía intranquila. Todas las mañanas, cuando se asomaba a las aulas y miraba el techo hendido y a los niños apoyando el cuaderno sobre las piernas, pensaba en cómo resolver tal situación. Finalmente, se le ocurrió una idea que solo podía ser llevada a la práctica con la ayuda de todos: construir una escuela nueva.

En su afán por consumir aquel sueño, Adolfinia convocó a una reunión entre los padres, maestros y vecinos del pueblo. El proyecto fue acogido con entusiasmo: unos, aportaron materiales; otros, dinero; los obreros a quienes se les pagaba durante apenas dos meses de trabajo en la zafra, contribuyeron con la mano de obra.

En septiembre de 1943, fue inaugurado el Centro Escolar de Media Luna, un confortable edificio de dos pisos y capacidad para ocho salones de clases. En el contexto de la apertura democrática que se produjo en Cuba durante ese período, Adolfinia consiguió que le fuera permitido instalar una Primaria Superior en el segundo piso del recién inaugurado edificio. Ello posibilitó elevar hasta el octavo grado el nivel de escolaridad en Media Luna.

Por las calles del pueblo, en otro tiempo, se vio a los niños arrastrando banquetas, taburetes y hasta cajas de cartón para la escuela; ahora se les veía regresar, más robustos y altos, con luces de Matemática en los ojos, o de Historia de América, o de Música, a pesar de que los profesores eran sólo nueve y, a veces, la Doctora González, maestra de Álgebra, se desdoblaba en la enseñanza del Comercio; o la Señora Hilda Cossío, especialista en Ciencias, explicaba la Historia de Cuba; o el Señor Cervera, profesor de Anatomía y Fisiología, se hacía cargo de la Educación Física; o Clara Leyva, la maestra de Labores, se volvía carpintera para impartir a los varones las clases de Artes Manuales.

Pero había padres que no podían ayudar a sus hijos con las tareas, porque ni siquiera sabían leer. Adolfinia se propuso entonces alfabetizar a los adultos, con el mismo empeño que había puesto en la enseñanza de los niños y jóvenes. Por las noches, las aulas del segundo piso permanecían encendidas. Muchas de las manos que, acostumbradas al trabajo, construyeron el Centro Escolar con la misma agilidad con que manipulaban el machete y la caña, demoraban ahora rotulando un trazo sobre el cuaderno. Gracias a los profesores -que accedieron a impartir gratuitamente las clases- y a la colaboración de los mejores alumnos de la Primaria Superior, también a los obreros se les veía regresar de la Escuela, con una letra nueva temblándole en el pulso de la mano.

Adolfinia era a un tiempo maestra y gestora: fue la persona a quien un pueblo entero debió su nivel de instrucción. Durante los veinticinco años en que ejerció el magisterio en Media Luna, fue en dos ocasiones seleccionada para recibir el Premio Baire, distinción que se otorgaba al Mejor Maestro del Distrito Escolar. Cuando en 1954 decidió trasladarse a Santiago de Cuba, los pobladores organizaron un homenaje en su honor.

(...) Pero yo imaginé un acto sencillo y modesto, jamás soñé con que tomara tantos vuelos.

Aunque traté de no enterarme de ningún detalle, ya que adoro las sorpresas, siempre hubo alguno que se filtrara hasta mí y me ha emocionado profundamente el saber de tantas personas que han hecho sacrificios de su tiempo, de su actividad o de su bolsillo para proporcionarme la emoción inolvidable de este Homenaje que yo, Señores, allá en el fondo de mi conciencia, no estoy segura de merecer.

Sin embargo, hoy lo acepto con orgullo porque quiero interpretarlo como un Homenaje que honra en mí, no a la mujer, sino a la maestra (...) (Cossío, 1954).

Regresaría pues, a la ciudad que la había hechizado desde los tiempos en que realizó estudios como Maestra Normalista. De Santiago guardaba una amistad entrañable con Max Henríquez Ureña, el intelectual dominicano que devino promotor cultural de la ciudad; guardaba también, el naranja de los atardeceres que se veían desde la colina donde estaba ubicada la Escuela. Pero la ciudad que reencontró no tenía mucho de

aquella estancia sosegada, sino que, por el contrario, se había convertido en el epicentro de la actividad insurreccional contra la dictadura de Fulgencio Batista.

La Cossío de estirpe mambisa no pudo evitar insertarse en actividades revolucionarias. Su esposo y ella integraron el Movimiento de Resistencia Cívica, repartieron propaganda entre los miembros de una célula que fundaron juntos, ocultaron a jóvenes perseguidos que Silvia Sánchez Manduley -hermana de Celia y también alumna suya- llevaba a su casa. En varias oportunidades, hospedaron también a periodistas extranjeros, interesados en divulgar la realidad de la situación política en Cuba.

Durante los carnavales de 1955, ambos fueron detenidos por el Capitán Agustín Labastida, Jefe del Servicio de Inteligencia Regimental (SIR). Aunque sólo permanecieron una noche encerrados en el Cuartel Moncada, al día siguiente miembros del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) registraron su casa. Sin embargo, las sospechas que pesaban sobre ellos se disolvieron, porque no fueron encontradas las numerosas copias de *“La historia me absolverá”* que guardaban los estudiantes que allí se hospedaban.

Desde el sigilo de sus acciones clandestinas, Adolfinia contribuyó al Triunfo Revolucionario que en Enero de 1959 puso fin a esa niebla de terror en que había encontrado envuelta a Santiago. Su prestigio como educadora y el precedente de su labor pedagógica en Media Luna, propiciaron que le fuera ofrecido el cargo de Directora Municipal de Educación en esa ciudad.

Nunca se me olvidará una anécdota que me impresionó muchísimo. Hablando con Armando Hart, entonces Ministro de Educación, manifesté mi preocupación porque las escuelas y los alumnos no concordaban. No había pupitres y con la campaña de Fidel, todos los niños se iban a incorporar. Hart se echó a reír y dijo: “Doctora, ¡qué hermoso problema!”. Reaccioné. Era verdad. Tenía que estar muy contenta de que hubiera muchos niños, y no preocuparme.

De tanto pensar, se me encendió el bombillo. Me acordé del “Plan Media Luna”. Llamé a todos los directores e inspectores y los empecé a que no me rechazaran a ningún muchacho. Si tenían 25 pupitres y 50 muchachos, no importaba. “Les dicen a los alumnos que vengan con su asiento. Da igual un taburete, que un cajón. ¡Pero que vengan!” (Cossío, citado por González, 1980)

Gracias a esa iniciativa echó a andar en Santiago de Cuba el curso 1959-1960, en circunstancias que hasta al Ministro le resultaron preocupantes. Luego de aquella conversación, Hart autorizó ciento diez créditos de aulas para el municipio. Pero las transformaciones de la propiedad recién comenzaban y, aunque las escuelas no daban abasto, no era posible adueñarse de cualquier local privado para convertir sus habitaciones en salones de clases: “(...) *¿dónde yo encontraba 110 aulas?*”. (Cossío, citado por González, 1980)

Otra vez, el destino la retaba al hallazgo de una alternativa... y otra vez la encontró. En Santiago no había maestros suficientes, pero en los campos muchos estaban deseosos de cooperar con la alfabetización en las ciudades. Adolfinia les hizo entonces un llamado a trasladarse, con el requisito de que buscaran un local para las clases: “(...) *en la sala de una casa, en el sindicato, en un portal, donde sea*”. (Cossío, citado por González, 1980)

Seis meses después, comenzó a desempeñarse como Subdirectora Provincial de Enseñanza Secundaria Básica en la Provincia de Oriente, cargo en el que se mantuvo durante el curso 1960-1961. En esa etapa se iniciaron en Cuba las nacionalizaciones, y la Cossío pudo llevar a la práctica su anhelo de convertir en públicas las escuelas privadas. Las veintiocho secundarias que había en Oriente cuando le fue asignada esa responsabilidad, se multiplicaron hasta noventa y ocho. Al curso siguiente comenzó a trabajar como profesora de Español en el Instituto Preuniversitario “Cuqui Bosh”.

Tenía ya cincuenta y cinco años, se había graduado como Maestra Normalista en 1928, y era Doctora en Pedagogía desde 1938; pero, a esa edad, terminó de estudiar su tercera carrera universitaria: Filosofía y Letras. Luego, en la Universidad de Oriente le ofrecieron ser profesora de Latín; durante algunos meses simultaneó esa plaza con su trabajo en el Preuniversitario hasta que, ya para siempre, la Casa de Altos Estudios la absorbió.

En los cursos que sucedieron, impartió Literatura Española, Literatura Hispánica, Literatura General y Poesía Hispánica Contemporánea. Entre 1964 y 1968 fungió como Decana de la Facultad de Humanidades y luego, varias veces, como Jefa del Departamento de Literatura. En 1975 fue electa Delegada al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, al que había ingresado desde 1972, año en que también fue seleccionada Trabajador Ejemplar.

En el curso 1974-1975 fue reconocida como Mejor Trabajador Básico de la Universidad de Oriente y en 1976, nombrada Heroína Nacional del Trabajo, condición que recibió de

manos del propio Fidel Castro, Comandante de la Revolución Cubana. Ese mismo año, pasó a formar parte del Consejo Científico Universitario. Además, fue miembro de la Comisión de Investigaciones y de la Asociación de Amistad Cuba-URSS.

En 1979 llegó a ser Maestra Cincuentenaria, pero aún le quedaba camino por recorrer. El 14 de Marzo de 1980 fue investida con la Categoría Profesora de Mérito, y se convirtió así en la primera que ostentó esa condición en la Universidad de Oriente: *“En todos estos años jamás soñé que mi vida iba a recorrer caminos tan interesantes, ni que iba a ser objeto de tan inesperados honores. Pero, en este caso, aparte de la natural satisfacción que esta distinción tiene que producirme en el orden personal, veo también, con aún mayor satisfacción, que esto es a la vez un triunfo para nuestra Universidad, para nuestra amada ciudad de Santiago de Cuba, para nuestra Revolución”* (Cossío, 1980).

Adolfinia Cossío integró la vanguardia intelectual de la segunda mitad del siglo XX en Santiago de Cuba. Desde el ejercicio de la pedagogía, y en el contexto del crecimiento cultural que trajo consigo el Triunfo de la Revolución, desarrolló una amplia labor investigativa, centrada en lo fundamental en temas literarios e históricos. La mayor parte de sus textos aparecen compilados en publicaciones que constituyeron un espacio para que los intelectuales crearan, expusieran sus criterios, polemizaran, y divulgaran el acontecer artístico-literario de entonces. La *Revista de la Universidad de Oriente*, y otras como *Cultura '64*, *Mambí*, *El Caserón* y *Santiago*, se hicieron eco en sus páginas de la producción intelectual de la Docta, sobrenombre con el que trascendió en las aulas universitarias.

En el contexto de la renovación mediática y cultural que trajo consigo el Triunfo de la Revolución, se produjo en esa ciudad un despertar de la vanguardia artístico-literaria, que respondió al llamado a elevar la cultura que hizo el gobierno revolucionario. En enero de 1964, el Consejo Nacional de Cultura de Oriente editó el primer número de *Cultura '64*, un tabloide mensual que se planteó no sólo recoger lo que en materia de arte y literatura poseyera calidad para ser difundido, sino también suplir la ausencia en la región, de publicaciones que convidaran al ejercicio de la crítica.

Este proyecto había tenido no obstante, un antecedente valioso en la *Revista de la Universidad de Oriente*, cuyo primer número comprendió los meses de agosto y septiembre de 1961. Con ella, los creadores del Alto Centro de Estudios se propusieron dotar a la institución de un órgano que reflejara el quehacer científico y literario de la

comunidad universitaria. También desde 1961 comenzó a circular la revista *Mambí*, Órgano Oficial del Comité Universitario UJC-FEU. Al hojear sus páginas, el lector podía detenerse ante sentidas reflexiones alrededor de la guerra en Vietnam, o informarse respecto a las actividades estudiantiles y del claustro.

En aquellos años, la Universidad de Oriente se convirtió en el núcleo de la producción artístico-literaria de Santiago de Cuba. Fue una época en que el Aula Máter del Oriente Cubano, era frecuentada por exponentes de la cultura nacional, que se ponían al alcance de indiscretas preguntas de los jóvenes, y dialogaban abiertamente con los profesores. Así, por ejemplo, entre el 19 y el 23 de febrero de 1969, Roberto Fernández Retamar dictó una conferencia sobre el desarrollo de la crítica literaria en Cuba, y leyó poemas de su libro *“Deber y derecho de escribir sobre todo”*; en los días de marzo, se realizaron conversatorios sobre narrativa contemporánea con la presencia de Onelio Jorge Cardoso y, rondando casi los cuarenta años de labor poética, Nicolás Guillén ofreció un recital-recuento de su obra.

Sin embargo, también en los días en que no era noticia la presencia de escritores foráneos, los alumnos regresaban satisfechos del aula porque el claustro estaba compuesto por quienes no sólo eran auténticos educadores, sino también intelectuales activos. Los muchachos de entonces rememoran hoy -con las canas ya asomadas- las anécdotas de Francisco Prat, Jesús Sabourín, José Antonio Portuondo, Juan Andrés Cué, Enrique Marañón, Ricardo Repilado y la Doctora Cossío, como nombraban a Adolfinia los que aun hoy se estremecen ante el recuerdo de sus exámenes *sui géneris*.

Cuando la veían acercarse por el pasillo con su andar encorvado, entrar despacio al aula, colocar sobre la mesa el montón de papeles que cargaba, y mirarlos por fin desde un cristal poco menos opaco que sus ojos de maestra cincuentenaria, podía parecerles una mujer cansada. Pero cuando escribía el asunto en la pizarra, se volteaba con una sonrisa y desataba una polémica sobre las técnicas narrativas empleadas por James Joyce en el *“Ulises”*, o sobre el humorismo latente en los discursos políticos del Che, ya para siempre su verbo la rejuvenecía.

Muchos de aquellos juicios que con pasión exponía en las clases, devinieron luego escritos que -por debajo del polvo que hoy los cubre en anaqueles apartados- proporcionarían al lector contemporáneo la oportunidad de explorar coyunturas históricas insospechadas, y sumergirse en el análisis de obras literarias controvertidas.

En las páginas de *Cultura '64*, la *Revista de la Universidad de Oriente*, *Taller Literario*, *Mambí*, *El Caserón* y la *Revista Santiago*, la obra de Adolfinia Cossío aguarda ser redescubierta. Su imagen pervive aún en el recuerdo de quienes la conocieron, de quienes la escucharon palmotear los versos de Guillén, o confesar que traicionaba a su esposo porque amaba a Benito Pérez Galdós. La historia de la Universidad de Oriente ha de reservar necesariamente entre sus páginas, un espacio al magisterio de Cucha, la Docta, la Cossío, a quien todavía se le puede escuchar llegar acompañada de los actores griegos, o la caballería de su bisabuelo mambí.

Conclusiones

- 1. El acercamiento al quehacer profesional de Adolfinia Cossío Esturo abre un nuevo espacio al rescate de las raíces de la pedagogía en la Isla, particularmente en la dimensión de lo regional. Este recorrido deviene una aproximación valiosa al proceso pedagógico en instituciones escolares de la Región Oriental Cubana, al tiempo que una contribución a los pilares en que se sustenta el modelo educativo vigente, asumiendo que una de las savias que nutre la transformación de la escuela cubana actual, es la sistematización de experiencias implementadas por educadores genuinos, cuyas concepciones conforman el ideario pedagógico nacional.*
- 2. Desde el estudio de esta figura relevante del magisterio se tributa a la consolidación de los valores ético-pedagógicos que orientan el quehacer educativo del docente universitario, lo que de manera favorable repercute en la formación inicial del profesional de la Educación Superior, en particular de la Educación Superior Pedagógica.*
- 3. La sistematización de las ideas pedagógicas de Adolfinia Cossío y el análisis de su producción intelectual, se revelan necesarios en tanto contribuyen al perfeccionamiento de la labor docente-educativa del maestro en la actualidad, así como al fortalecimiento del trabajo político-ideológico no sólo en la praxis pedagógica, sino también a través de la investigación científica. El rescate de su obra favorece asimismo, la consolidación del modo de actuación profesional pedagógico de los docentes universitarios, lo que redundará en la formación integral del estudiante, desde la necesaria concatenación entre lo*

general histórico pedagógico nacional y lo particular histórico pedagógico regional.

Referencias bibliográficas

1. Cathcart, M. (2003). Magisterio de Adolfina Cossío Esturo. *Revista Santiago* (99), pp.157-164. Recuperado de www.ict.uo.edu.cu/htm/rs.htm
2. Cela, E. (1981). Es una obligación aprender cada día. En *Sierra Maestra*, p. 3. (5 de febrero).
3. Cossío E., A. (1954). *Discurso con motivo del homenaje que el pueblo de Media Luna rindió en su honor por sus desvelos y su gran preocupación por la enseñanza*. Media Luna: (s.e.) (8 de agosto).
4. Cossío E., A. (1980). *Palabras de Adolfina Cossío en el acto de investidura como Profesora de Mérito*. Santiago de Cuba: (s.e.).
5. González C., H. (1980). Adolfina, un caudal de voluntad. *Revista Mujeres* (6), pp. 6-8.
6. Morejón A., E. (1976). Adolfina Cossío Esturo, cuarenta y ocho años dedicados a la enseñanza. *Granma*, p. 1. (19 de agosto).
7. Rodríguez D., A. (1987). Adolfina Cossío: heroína y madre a voluntad. *Juventud Rebelde*, p. 4. (10 de mayo).